

Los diezmadores de la desmemoria yaracuyana  
Por: Israel Jiménez Emán

Con el permiso del poeta y permanente testimonio del Diplomado de Cronistas de la UNEY, Luis Alberto Crespo, voy a tomar prestadas este par de palabras con las que define al noble oficio de ejercer la memoria como arte, para tener que recordarle a algunos no tan yaracuyanos que no somos todos tan desmemoriados como ellos creen.

Conste que no he sido el testigo presencial que hubiera querido ser del diplomado, como lo ha sido la hitórica vívida vida vivida de Eric Hobsbawm durante casi 100 años, o testigo absoluto como Primo Levi en los campos nazis según cuenta Giorgio Agamben. Mucho menos testigo oblicuo, como algunos serviles escombros de la vida pública yaracuyana de los que todavía hay, que nunca han puesto un pie en la UNEY (¡porque las manos jamás!) y pretenden contar su historia; ni mucho menos testigo marginal, como el par de chismosos que rebuznan en nuestra prensa local y que apenas balbucean la mitad del alfabeto por televisión. Pero para vergüenza de la crónica propia, contamos en la UNEY con un *spurius cenaculum* que sin pudor presta la ilegítima legalidad de los restos de su rótulo, para que sirva de deliciosa carroña al intrínquilis de la mesa en la que se regodean sus congéneres.

¿Es este *mediocris habilis*, testimonio orillero del brollito y de la envidia, que vive de la limosna y los mendrugos de sus complejos y prejuicios y de la habilidad para, encubierto de cronista, intentar sobornar a través de los medios a los jóvenes y gente humilde con los refranes y demás voces que les roba; o de espurio profesor llorón y víctima en los pasillos, salones y cyberalbañales de la UNEY, el que merece ser contado en la crónica de nuestro estado?.

No es casual que este diplomado haya nacido en San Felipe. No sólo porque fue Justamente Felipe II quien le dio rango público al oficio de cronista en América, ochenta años después de haber iniciado España la expoliación de nuestra cultura aborigen (en particular de nuestra lengua), para que “vieran con sus propios ojos” cómo ocurría. Por lo tanto tampoco es casual que lleve el nombre de Gilberto Antolínez. Es porque el

diplomado de cronistas de la UNEY es ya la principal amenaza para la constante apuesta a la desmemoria a la que juega esta minoría de poder.

Hobsbawm sostiene que es importante recordar y compilar, pero no es suficiente. La verdadera “tarea es recordar lo que otros olvidan”. El secreto de la indestructibilidad del pasado está en la capacidad que tengan los que viven y narran la historia pública de poder conectar con hechos anteriores. La UNEY ha venido tejiendo una modesta, orgánica y perdurable historia de 10 años, que han sido más que suficientes para, sin proponérselo, es decir trabajando, le haya arrebatado la escena pública que había copado el gobierno local posiblemente desde la Guerra Federal. El gobierno está desnudo, por eso activa torpemente sus burdos mecanismos.

Este grupo de caballeros andantes, que ya inició la noble tarea de desenvolver el indolente olvido, con Freddy Castillo, Luis Alberto Crespo, Edgar Colmenárez del Valle, Antonio Trujillo y Taylor Rodríguez a la cabeza, para como diría magníficamente Picón Salas, “descubrir por qué y para qué se miente y denunciar el universal mentidero”, develar las “mentiras tácticas” ocultas en la pequeña historia que intentan hacer “retroceder la conciencia”, evitar que entremos al oscuro “laberinto moral” del poder y lavar el rostro de la Historia yaracuyana.